

Le Corbusier y el descubrimiento del ocio

José-Ramón Alonso Pereira

José-Ramón Alonso Pereira

Doctor Arquitecto por la Universidad Politécnica de Madrid.

Centro de Investigación:

Universidad de La Coruña.

jralonso@udc.es

RESUMEN

El tiempo de Le Corbusier ve el ocio como uno de los símbolos de la modernidad: como una nueva función urbana en un tiempo y con un espíritu nuevo. La defensa del ocio como una función urbana por el movimiento moderno fue una auténtica revolución respecto a los planteamientos urbanísticos científicos, incluso los más avanzados. El ocio es imagen de la armonía que fascina a la modernidad, según defiende Le Corbusier y quiere llevar a la práctica en su vida. Pues Le Corbusier representa el tránsito del ocio como descanso, al ocio como función urbana, en un dilatado itinerario vital que le condujo —real y simbólicamente— de los Alpes al Mediterráneo.

Palabras clave: Le Corbusier, arquitectura, urbanismo, ocio, siglo XX.

ABSTRACT

Le Corbusier's years seen leisure as a symbol of modernity: as a new urban function at a new time and with a new spirit. Leisure defence as an urban function by the masters of modernity was a real revolution concerning scientific urban planning, besides the most advanced ones. Leisure is an image of the harmony that fascinates modernity, as Le Corbusier defends and as he likes to take in practice in his personal life. As Le Corbusier represents the transit between leisure as rest, to leisure as urban function, in a long vital itinerary that takes him —real and symbolically— from Alps to Mediterranean.

Keywords: Le Corbusier, architecture, town planning, leisure, XXth century.

Léger cuenta su primer encuentro con Le Corbusier en Montparnasse en los siguientes términos (01): “Vi venir hacia mí, muy tieso, un extraordinario objeto móvil, todo en sombra chinesca, cubierto con un sombrero hongo, con gafas y abrigo negro. El objeto avanzaba lentamente en bicicleta obedeciendo escrupulosamente las leyes de la perspectiva”. El retrato de Léger se hace mítico de Le Corbusier y de su tiempo. Un tiempo que ve la bicicleta como símbolo de la modernidad y del ocio [Fig. 1], y quiere ver éste como una nueva función urbana en un tiempo y con un espíritu nuevo. El ocio es imagen de la armonía que fascina a la modernidad, según defendería Le Corbusier y querría llevar a la práctica en su vida. Pues Le Corbusier representa de modo emblemático el tránsito que va del ocio como descanso al ocio como función urbana, en un dilatado itinerario vital que le condujo —real y simbólicamente— de los Alpes al Mediterráneo (02).

(01) J. Petit: *Le Corbusier, lui même*, Rousseau, Ginebra, 1970, p. 54.

(02) Aparte de la referencia a textos ajenos, en esta monografía la principal fuente es el propio Le Corbusier, en sus libros y, sobre todo, en su correspondencia personal y familiar conservada en la Fondation Le Corbusier (FLC) de París.



FIG. [1] LA BICICLETA COMO EMBLEMA DEL OCIO MODERNO (ARCHIVO DEL AUTOR).

Los problemas del ocio.

Para Le Corbusier, el ocio es imagen de armonía y problema de urbanismo y arquitectura. En 'Urbanisme' (1925) al estudiar 'la hora del descanso' (03), se pregunta: "¿Qué hacer con las horas libres?", y se contesta: "Llenarlas. Es de sentido común que hay un problema de arquitectura: la vivienda, y de urbanismo: la organización de los barrios residenciales, la máquina de respirar. La hora del descanso es la hora de respirar".

La defensa del ocio como una función urbana por los hombres del movimiento moderno fue una auténtica revolución respecto a los planteamientos urbanísticos científicos, incluso los más avanzados. Que la función residencial —la función habitar— constituía el hecho urbano preeminente, era reconocido desde siempre. Añadir a esta función la industrial, era consecuencia de la industrialización y de cómo ésta se presentaba en las ciudades. Extender esta función industrial al trabajo en general, y hacer de éste una función urbana común equiparable a la residencial, fue una de las aportaciones que el urbanismo científico generado en los años inmediatos a la Guerra estaba llevando a cabo. Pero abrir una tercera función urbana en plano de igualdad con las anteriores era una novedad que requería justificación y desarrollo conceptual importante. Eso se hará de manos de la higiene, en un camino que lleva de ella al deporte, y de éste al problema del ocio como actividad y como función urbana.

Tras la Guerra Europea la vida cambió radicalmente. En principio la idea de tiempo libre no evocaba ocio, sino desempleo. Sólo tras la Guerra se difundió en toda Europa el concepto y el derecho al ocio y a las vacaciones, no sólo para unos pocos, sino para todo el mundo. En Francia la jornada laboral de diez horas se implantó en 1900; en 1906 se instauró un día de descanso semanal; en 1919 se redujo la jornada a ocho horas. Le Corbusier exclama (04): "Ocho horas de descanso seguidas. El urbanista

(03) Le Corbusier: 'L'Heure du Repos', en *Urbanisme*, Crès, París, 1925, cap.13, pp. 189-191.

(04) Le Corbusier: 'Diagnóstico de París' para el Ciam de Atenas, manuscrito conservado en la Fondation, FLC, 1933.



FIG. [2] EL CLUB ALPINO SUIZO EN 1888, CARTEL (ARCHIVO DEL AUTOR).

debe responder”. Si el tiempo libre era antes escaso, poco a poco surgen oportunidades de ocio. Cada vez más gente tiene acceso a actividades recreativas antes reservadas a una minoría. Las fiestas se hacen vacaciones. El turismo se hace poco a poco turismo de masas. La emergencia de las masas marca la vida moderna, como indicó Ortega (05).

El planteamiento del ocio presenta dos caras. Además del ocio como actividad, está el ocio como descanso: el reposo, las aficiones, los paseos, tertulias, teatros, cafés, conciertos. Mientras la modernidad progresista relaciona el ocio con la higiene, con los espacios verdes y con los deportes, se multiplican los entretenimientos públicos en el nuevo siglo. El espectáculo más popular es el cine, la ‘fábrica de sueños’, como la llamó Ehrenburg, que se extiende por el mundo, aunque sin impronta arquitectónica hasta fines de los años veinte. Cine y deporte son las dos caras que fijan la dimensión moderna del ocio: el ocio como reposo, como descanso y como espectáculo; el ocio como actividad y como higiene social. Tal es el problema dual del ocio moderno.

El ocio y la naturaleza.

A finales del siglo XIX había surgido una nueva consideración del esfuerzo físico como complementario del esfuerzo intelectual. Junto al deporte, y anticipándolo, aparecieron y se desarrollaron el excursionismo y el montañismo.

El excursionismo se extendió por toda Europa y por toda Francia. Numerosos franceses comenzaron a descubrir el país durante estos años. Fundado por ciclistas en 1890, el Touring Club, que tenía 20.000 socios en 1895, contaba con 100.000 diez años después. Sus publicaciones y las del Automobile Club tuvieron un importante papel en la promoción de la mejora de carreteras, hoteles y restaurantes. El desarrollo de los transportes y la elevación del nivel de vida permitían escapar a la presión urbana. El ferrocarril ponía la naturaleza al alcance de la mano. Desde París se podía llegar a pueblos idílicos como Argenteuil o Fontainebleau en media hora. Si primero fue el campo próximo a la ciudad, luego fue también la costa. Las guías del Automobile Club o Michelin, redescubrieron Francia; indicaron las vistas, los sitios, las rutas y los viajes.

El interés por el aire puro y la regeneración física vieron las montañas como una especie de gimnasio natural, en cuyos picos y laderas podía formarse una generación fuerte. El Club Alpino Francés se fundó en 1874. Lo mismo ocurrió en Suiza, donde Georges-Édouard Jeanneret (1854-1926), padre de Le Corbusier, fue un importante miembro del Club Alpino Suizo creado en 1863 [Fig. 02], cuya sección de La Chaux presidió. Austero y riguroso, tenía pasión por la montaña, por el Valais, adonde llevaba en vacaciones a sus hijos, a quienes llegó a regalar un libro ‘Mes vacances 1887-1892’ con relatos de sus excursiones. “Mi padre tenía un

(05) J. Ortega Gasset: *La rebelión de las masas*, Espasa Calpe, Madrid, 1930. Sobre este tema, vid. J. Uría: ‘El camino hacia el ocio de masas: las industrias culturales en España antes de 1914’, en L. A. Robot (coord.): *Trabajo y ocio en la época moderna*, Actas, Valladolid, 2010, 139-180; y ‘El nacimiento del ocio contemporáneo, algunas reflexiones sobre el caso español’, en A. Vaca (coord.): *Fiesta, juego y ocio en la historia*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 2002, pp. 347-382.

(06) Petit, op. cit., 24. Sobre esta relación del joven Le Corbusier con la naturaleza, vid. A. M. Vogt: *Le Corbusier, le bon sauvage*, In-folio, Dijon, 2003.



FIG. [3] LA CABAÑA O CABANON CONSTANTIA, EN EL VAL D'ANNIEVIERS, VALAIS (ARCHIVO DEL AUTOR).

culto apasionado a las montañas”, dirá Le Corbusier (06). Enamorado de la naturaleza, llevaba los domingos a toda la familia, a través de los valles y montañas de los alrededores. Algunas veces hacían noche en cabañas o cabanones más o menos improvisados por el Club Alpino. [Fig. 3]

Con el pretexto de una inmensa presa en construcción en los Alpes “en un valle en el fin del mundo, lejos de toda estación y todo camino”, escribe en ‘Urbanisme’ (1925) (07): “Ni un solo ser humano en estos parajes, ni una sola cabaña, excepto la del Club Alpino que alberga a los alpinistas en verano”. Y recuerda cómo: “Por la mañana nos levantamos a las cinco en la cabaña del Club Alpino”.

Sin embargo, tras su entusiasmo infantil y juvenil, en sus años de madurez Le Corbusier reaccionó en sentido contrario. En abril de 1919 escribe a su hermano Albert (08): “La proximidad de los Alpes no atrae en absoluto nuestra naturaleza de artistas plásticos, Me disgusta el paisaje suizo”. Muchos años después, en 1951, se reafirma en ello. La vuelta en avión de India a Francia le permite sobrevolar los Alpes y le trae el recuerdo de su padre, aunque los ve como una apoteosis bárbara. “He visto los Alpes esta mañana como Dios los ha hecho: desnudos. Me gusta el sol poniéndose sobre el mar arábigo. Los Alpes son lo contrario a una invitación. Inhumanos. Horribles. Dan imagen de lo inextricable (09)”. Y en 1960, ante el centenario de su madre, se confiesa “invenciblemente lanzado hacia el sur, hacia el sol, desde la edad de 19 años hasta hoy a los 72 años (10)”.

El ocio y la cultura física.

Si su padre apostaba por la naturaleza exterior, su madre, Marie-Charlotte-Amelie Perret (1859-1960), se inclinaba por la higiene y la cultura física. Le Corbusier basculó entre ambas influencias al principio, decantándose luego por la segunda, y estableciendo una dialéctica entre los Alpes y el Mediterráneo: entre su padre y su madre, la cual le inculcaría la importancia de la

(07) Le Corbusier: *Urbanisme*, Crès, París, 1925, cap. 10, pp. 137-141.

(08) FLC, correspondencia con Albert Jeanneret, 2 abr. 1919.

(09) Le Corbusier: *Carnets*, libro II, 1950-54, Electa, Milán, 1994, E.23.690.

(10) Le Corbusier: *Carnets*, libro IV, 1959-60, Electa, Milán, 1994, P.60.511.

(11) FLC, correspondencia con sus padres, 5 nov. 1908.

(12) J. R. Alonso: ‘Le Corbusier y París, percepciones y descubrimientos’, Massilia, Barcelona 2009, 32-43.

(13) FLC, correspondencia con sus padres, 5 nov. 1908.

(14) J. P. Muller: *Mon système* (1904), ed. francesa, Gamber, París, 1905; edición en español, Mi sistema, Olimpia, Buenos Aires, 1917.



FIG. [4] LOS BAINS-DOUCHES DE RUE BRETAGNE EN PARÍS, INAUGURACIÓN (ARCHIVO DEL AUTOR).

higiene en sí misma y como elemento de progreso. Le Corbusier apostará decididamente por ella en sus propuestas.

Los círculos progresistas defenderían la importancia de la regeneración y del aseo como base de cultura. Pero a principios de siglo, incluso en los países más avanzados, el baño era un lujo hasta para las clases acomodadas. No podía Le Corbusier disponer de aseo o baño privado ni en La Chaux ni en sus viajes. Así, en 1908 desde París, indicaba (11): “voy a lavarme a los ‘cabinets’ cada mañana”. A medio camino entre simples retretes y aseos elementales con inodoro y lavabo, estos ‘cabinets d’aisance’ eran la respuesta a las primeras demandas de higiene municipal de París. En todo caso, eran colectivos y no contaban salvo excepciones con bañera. Era preciso desplazarse a baños públicos para realizar un aseo completo. Estos baños derivaron a duchas por motivos tanto económicos como higiénicos. Tanto en locales municipales como privados, los ‘bains-douches’ son la expresión habitual de esta situación. A su llegada a París y durante toda su estancia, Le Corbusier visitó a menudo los bains-douches de rue Bretagne [Fig. 4], donde por 20 céntimos era posible tomar una ducha a cualquier hora. El ideal social y filantrópico que representaba la higiene se reflejaba en grandes carteles en la fachada que anunciaban: limpieza es salud (12).

Le Corbusier practicó desde joven el culto a la higiene, “siguiendo el rito de Müller”, uniendo la gimnasia en su apartamento con las duchas en los baños públicos. “Me caliento al sistema Müller: el agua helada me sirve de chimenea”, —bromea (13). Preconizado por el danés Jorgen Peter Muller (1866-1936), este sistema era una forma de cultura física que defendía los efectos benéficos del ejercicio físico y los baños de agua fría (14). Introducido por su madre en el sistema, Le Corbusier fue un buen seguidor de éste tanto en Suiza como en sus viajes antes de la Guerra Europea, retomándolo tras ella. Respondiendo a su madre que le decía (15): “Os habéis reído bien de mis duchas, de mi gimnasia Muller y su sistema, y sin embargo a ello debo mi facilidad de trabajo y mi carácter optimista”, en 1919 le escribe (16): “He retomado la gimnasia a pleno sol de la mañana y con los árboles en mis ventanas”. “Ama el aire fresco y el agua pura; busca los rayos del sol”, aconsejaba Muller. [Fig. 5]

Años más tarde, comienza la ‘cultura física’ con un profesor de gimnasia, Georges Doyen (17). Con él entrenará durante casi 40 años dos mañanas a la semana incluso en los años sesenta. En 1930 convencerá a Yvonne de comenzar también la cultura física (18): “rezonga, pero lo toma con afán; su humor mejora gracias a los ejercicios”. Tras la Segunda Guerra Mundial, se queja de haber engordado y vuelve a proponerse el remedio: “cultura física por la mañana”. Y otro tanto en 1961, a los 73 años. El año anterior a su muerte escribe a Doyen dándole las “gracias por esos 42 años de dominación autoritaria (19)”.

(15) FLC, correspondencia con sus padres, 15 dic. 1918.

(16) FLC, correspondencia con sus padres, 9 may. 1919.

(17) J. Jenger: Le Corbusier, choix de lettres, Birkhäuser, Bale, 2002, 464, 494, 518, cartas a Doyen, abr. 1948, jun. 1961, nov 1964.

(18) FLC, correspondencia con su madre, 29 oct. 1930.

(19) Jenger, op. cit., 518, nov. 1964.



FIG. [6] LE CORBUSIER Y PIERRE JEANNERET PRACTICANDO DEPORTE EN LA PLAYA DE LE PIQUEY (ARCHIVO FLC).

Influido por su hermano Albert, conoce y practica también la gimnasia rítmica, actividad poco conocida o anecdótica en los medios culturales que, impulsada por Jacques Dalcroze (1865-1960), ayudó a renovar las técnicas del espectáculo de vanguardia. Compositor y profesor del conservatorio de Ginebra, Dalcroze inventó una pedagogía basada en la aprehensión corporal de la música, mediante la rítmica. En la ciudad-jardín de Hellerau junto a Dresde, creó en 1911 un Instituto para desarrollar su actividad (20). Entre sus primeros diplomados estuvo Albert Jeanneret, que la difundió en París, enseñándola en el Conservatorio Rameau y en la Schola Cantorum y, desde 1922 en su propia Escuela de Rítmica y Educación Corporal, publicando estudios sobre ella en 'La Revue Musicale' y en 'L'Esprit Nouveau', donde se anunciaban asimismo cursos de gimnasia y de rítmica, proclamando el valor expresivo del cuerpo. También la Bauhaus incorporó clases de gimnasia por su utilidad tanto para el desarrollo corporal como para aprender a percibir el espacio. Con su hermano Albert y su primo Pierre Jeanneret, Le Corbusier practicará también en París o en vacaciones y de manera amateur diversos deportes (21) como ejercicio y como entretenimiento y diversión: como ocio, en suma. [Fig. 6]

La bicicleta como emblema.

Los baños, la rítmica y la gimnasia podríamos decir que se aúnan para Le Corbusier en la bicicleta, entendida como agente y emblema del ocio y la modernidad, de la vida higiénica y la cultura física.

(20) O. Roueff: 'La gymnastique des avant-gardes: Dalcroze et Appia (années 1910-1920)', en *Jazz, les échelles du plaisir*, La Dispute, París, 2013, cap. 5.

(21) Se ha llegado a mencionar sin citar fuentes "el gimnasio-estudio de danza de Albert, donde una vez por semana jugaba al baloncesto con Pierre Jeanneret". A. Jaque: *Le Corbusier, de la A a la Z*, Minerva 02, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2006, 18-19.

(22) Cit. por E. Weber: *Francia, fin de siglo*, Debate, Madrid, 1989.

FIG. [7] JORNADA CICLISTA EN LAS CALLES DE PARÍS, H.1920 (ARCHIVO DEL AUTOR).

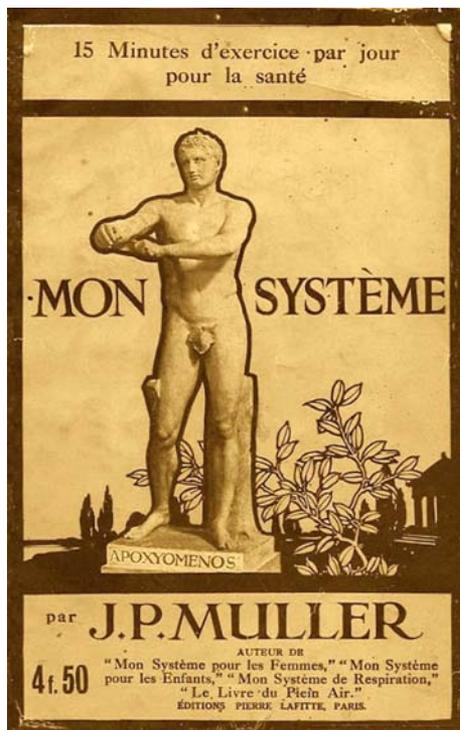


FIG. [5] J. P. MULLER: 'MON SYSTÈME', PORTADA DE LA EDICIÓN FRANCESA, 1905 (ARCHIVO DEL AUTOR).

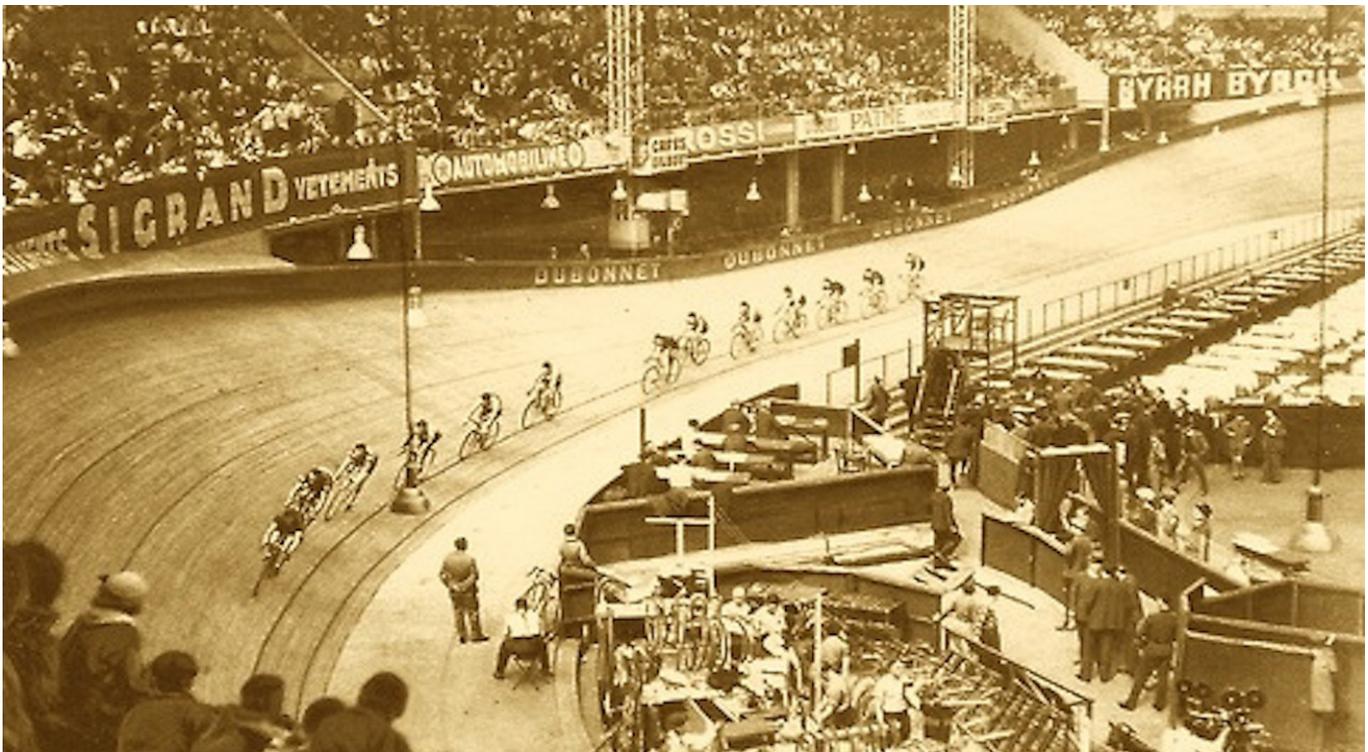
- (23) FLC, correspondencia con William Ritter, 8 jun. 1915.
- (24) M. J. Dumont (ed): *Lettres à ses maîtres*, I-Auguste Perret, Linteau, París, 2002.
- (25) FLC, correspondencia con Albert Jeanneret, 11 abr. 1918.
- (26) Petit hablará incluso de un mítico viaje en bicicleta desde casa de sus padres a Aviñón y a París en 1920. J. Petit, op. cit., p. 54.

A fines del siglo XIX se exaltaba la bicicleta como símbolo del progreso moral y material, instrumento de la regeneración mediante el ejercicio físico. “Montar en bicicleta —escribía Zola (22)— constituye un continuo aprendizaje de la voluntad”. Durante mucho tiempo fue un pasatiempo caro —una bicicleta podía costar 500 francos— pero luego se convirtió en una inversión accesible a las clases populares [Fig. 7]. Hacia 1900 se estimaban en 300.000 los ciclistas en Francia, cifra que se decuplicó en 1920. La bicicleta contribuyó al desplazamiento de la gente del centro a las periferias. Permitted descubrir la naturaleza y el entorno de las ciudades. Los ciclistas proliferaron en la zona periurbana y en los lugares de veraneo, extendiendo por Europa una ola excursionista.

Las asociaciones ciclistas animan a sus miembros a participar en otras actividades. Los ciclistas son la base principal de otros clubs deportivos. Los velódromos ceden sus pistas para partidos de tenis en verano y patinaje sobre hielo en invierno. Su influencia sobre el futuro de otros deportes es inmensa.

Le Corbusier aprendió a montar en bicicleta en la primavera de 1915, en el curso de una estancia del 27 mayo al 5 junio en casa de Auguste Perret en la Costa Azul, en Lavandou, donde su maestro “con actitud voluntarista nababesca” —escribirá a Ritter (23)— le enseñó a montar. “Durante diez minutos Perret ha sostenido mis espantosos bandazos. Buen alumno. Al día siguiente, iba con él y su mujer a toda velocidad”. Más tarde, Perret diría (24): “Yo le enseñé a montar. No es culpa mía si se ha roto la crisma”. Su bicicleta Peugeot será más tarde símbolo corbuseiano de la modernidad tanto en la imagen transmitida por Léger, como en el diseño maquinista del mobiliario del pabellón de L’Esprit Nouveau en la Exposición de 1925.

Usa la bicicleta en Suiza y, tras su instalación en París, reclama a sus padres su envío. “Mi bici está sin bocina, ¿se ha expedido así?”, escribe



en abril de 1918 (25). No había mejor medio de tomar posesión de una ciudad que en bicicleta. Barrios distantes a pie se ponían a pocos minutos. Poblaciones distantes se hacían destinos ciclistas (26). La bicicleta permitía a Le Corbusier recorrer la ciudad. El automóvil no le quitará ese afán.

En contraste con las carreras de caballos, pasatiempo de ricos, las carreras ciclistas fueron el primer espectáculo popular de los tiempos modernos. La primera gran pista cubierta de París, el Vélodrome d'Hiver, se instaló en 1893 en la Galería de Máquinas, obra maestra de la Exposición Universal de 1889. Derribada ésta, en 1910 se crearon dos nuevos velódromos: Charenton y Parc des Princes, gran recinto de 17.000 plazas, cuyas posibilidades eran las de un estadio completo para atletismo y otros deportes. [Fig. 8]

Le Corbusier, como en general todos los entusiastas del ciclismo, lo fue luego de los automóviles. El espíritu de iniciativa de quienes construyen y pilotan los primeros coches y aviones es similar al de los pioneros de la bicicleta. Todos ellos forman la vanguardia del progreso y son emblema de la modernidad. Así, el retrato de Léger se hace mítico a la vez de Le Corbusier y del tiempo de las vanguardias modernas.

El ocio y el deporte.

El interés por la vida sana, la higiene y el ejercicio conlleva un cambio en la percepción del cuerpo humano. “Un verdadero espíritu nuevo sólo puede existir en un cuerpo nuevo” —afirma Pierre Winter (1891-1952) en 1922 en

FIG. [8] CARRERA CICLISTA EN EL VELÓDROMO DEL PARC DES PRINCES EN PARÍS, H. 1920 (ARCHIVO DEL AUTOR).

(27) Dr. P. Winter: 'Le corps nouveau', rev. L'Esprit Nouveau, nº 15, 1922; vid. asimismo P. Winter: 'Le sport au pied des maisons', rev. Plans, núm. 3, mar. 1933, y 'LC biologiste, sociologue', texto introductorio al vol. IV Oeuvre Complete 1934-48. Amigo desde 1921 de Le Corbusier, vivió luego en Molitor y fue autor de estudios sobre los problemas del urbanismo y las incidencias sociales de la medicina.

(28) M. Moriyama: 'The theory of the body culture of Pierre Winter in the period of L'Esprit Nouveau', rev. Journal of architecture and planning, nº 1585, 2004, 213-218. Vid. asimismo J. Crosas: Le Corbusier y las razones del deporte, Massilia, Barcelona, 2004, pp. 106-111.

(29) Le Corbusier: Urbanisme, op. cit., p. 190.

(30) FLC, correspondencia con su madre, 30 sep. 1930 y 16 nov. 1949.



FIG. [10] LOS BAÑOS DEL SENA EN YVRY, FRENTE A ALFORTVILLE, 1928 (ARCHIVO DEL AUTOR).

La importancia dada al tema se refuerza en los años siguientes, evidenciando el creciente papel que se atribuye al deporte por su valor educativo e higienista. En su 'Diagnóstico de París' dice (31): "La vida moderna tiende a reducir el tiempo de trabajo. Ello crea una urgente necesidad de lugares y locales para el ocio". Y añade: "Debemos asegurar al cuerpo humano los elementos biológicos útiles: aire, sol, espacio, para organizar el ocio y sus disposiciones".

En todo caso, abordando el tema de la cultura física, había afirmado ya en 'Urbanisme' (32): "la práctica del deporte debe ser accesible a todos los habitantes de la ciudad (...) la de los estadios no tiene nada que ver con el deporte: es teatro". Una afirmación elocuente y reveladora de su visión y sus ideas, que enlaza el 'sistema Muller' del joven Édouard con la visión profética de Le Corbusier en la Ville Radieuse.

(33) Sobre esta relación, vid. rev. L'Architecture d'aujourd'hui, núm. 7, 1934, y núm. 10, 1935. Fruto la mayoría de ellas de sendos concursos de arquitectura, en estos años se elevaron en París piscinas en Butte-aux-Cailles, Blomet, Amiraux, Hermann, Louvet, Buzenval, Hébert, Rouvet, Ledru-Rollin, Sèvres y Molitor.

FIG. [11] LAS PISCINAS MOLITOR (ARCHIVO DEL AUTOR).



FIG. [12] LE CORBUSIER E YVONNE TOMANDO EL SOL, H. 1934 (ARCHIVO FLC).

El ocio y el baño.

El baño sale asimismo de la categoría de las prácticas higiénicas para pasar a la del ocio deportivo, creándose equipamientos específicos para la natación.

Hasta comienzos de siglo bordeaban las orillas del Sena numerosas casas de baños. Recomendados por los médicos, se anunciaban como “un poderoso medio de higiene para las damas; la mejor de las gimnasias para los jóvenes”. Poco a poco se suprimieron en París, aunque siguieron en las periferias, como en Port-à-l’Anglais, Yvry, frente a Alfortville —donde tuvo su fábrica o briquetterie Le Corbusier—, cuyos arenales, con sus terrazas y sombrillas, eran muy frecuentados por los parisenses. [Fig. 10]

No siendo siempre posible el baño al aire libre, fueron surgiendo baños y piscinas cubiertas de agua caliente para permitir disfrutar todo el año de la natación. En 1922 contaba París con una docena de piscinas, que utilizaban el agua de condensación de las fábricas e industrias de vapor. En pocos años se construyeron otras tantas. Muchas veces complementadas con establecimientos de duchas o con gimnasios, estas piscinas fueron un hito decisivo hacia la modernidad (33).

Le Corbusier aprendió a nadar en agosto de 1926, a los 38 años, en Arcachon (34): “Sol ardiente, arena oscura, sombra fresca. No he leído una línea ni he trabajado nada. Pero he aprendido a nadar muy bien”. “Me convierto en un lobo de mar —escribe en 1929 (35)—. Hago lo que quiero en el agua. La partida está ganada”. Durante el viaje a Sudamérica (36) llegó a quejarse de que no había piscina en el barco. Ya en tierra, durante una excursión dice: “En el jardín, una piscina adorable alicatada, 25 x 8 m. Trampolín a 4 m. Salto 5 veces como un ángel, a la perfección. Sin una falta. Muy contento. La natación va sola”. Días después añade “Salto. Impecablemente. Cinco veces seguidas. Ya está. Soy un pez. Es para mí una satisfacción muy apreciable”. De su entusiasmo por el mar y la natación da testimonio el accidente sufrido en 1938 mientras nadaba en aguas del puerto de Saint Tropez (37).

(34) FLC, correspondencia con su madre, 18 ago. 1926.

(35) FLC, correspondencia con su madre, 10 ago. 1929.

(36) FLC, correspondencia con su madre, 15 sep., 17 oct., y 27 oct. 1929, respectivamente.

(37) Petit, op. cit., p. 84.

(38) Cerrada en 1988, ha sido reedificada y abierta como establecimiento balneario y hotelero en 2014. Vid. rev. L’Architecture d’aujourd’hui, núm. 400, 2014.

(39) FLC, correspondencia con su madre, s/f jul. 1932.

(40) En 1924, en el curso de la polémica ruptura con él, recuerda con cariño ese verano en Andernos-les-Bains, en la bahía de Arcachon, donde “fuimos capaces de trabajar juntos”. FLC, correspondencia con Ozenfant, 8 ago. 1924.

(41) Sobre su contradictoria relación con Suiza, vid. J. Jenner, op. cit., pp. 24 ss.

(42) FLC, carta cit. nota 40.



FIG. [13] LE CORBUSIER, YVONNE Y UN GRUPO DE AMIGOS, EN LA GRANJA DE LÈGER, H. 1924 (ARCHIVO FLC).

En París, Yvonne y Le Corbusier frecuentan la piscina Molitor (38), vecina a su domicilio [Fig. 11]. Llamada ‘el paquebote blanco’, fue construida por Lucien Pollet, autor de otros complejos deportivos parisienses. Tenía dos piscinas: una de invierno cubierta, de 33 m., destinada a la natación y rodeada de dos galerías de cabinas, y otra al aire libre de 50 m. que en invierno se transformaba en pista de patinaje. Esta piscina de verano estaba rodeada de una playa de arena y tres terrazas con hamacas, bar y solarium. Muy valorada entonces, fue uno de los lugares de moda de París. Disponía también de un gimnasio o sala de cultura física. Le Corbusier e Yvonne aprovecharían los días despejados para tomar el sol. “Yv se broncea magníficamente a la sombra. Yo sigo blanco al sol”, —escribe (39). El sol y el bronceado son signos de modernidad y progreso. [Fig. 12]



FIG. [14] LE CORBUSIER E YVONNE, VACACIONES EN VÉZELAY, 1933 (ARCHIVO FLC).

El ocio y las vacaciones: del Atlántico al Mediterráneo.

El excursionismo y el veraneo se extendieron por toda Europa en los años 1920 y 1930. Fundados hacia 1890, el Touring Club y el Automobile Club tuvieron un importante papel en la promoción de la mejora de carreteras, hoteles y restaurantes. Creció el número de veraneantes. Quienes podían permitírselo, iban a los lugares tradicionales de las costas atlánticas, sobre todo la del Canal o Normandía, tan cercana a París, donde los baños de mar eran todavía una aventura, y cada año aumentaba el número de quienes iban a buscar el sol en las playas del Mediterráneo.

Le Corbusier, que desarrolló con afán los viajes de formación en sus años juveniles, descubrió el veraneo con Ozenfant en Las Landas en 1918, luego en Normandía y en Le Piquey. Más tarde descubrirá el Mediterráneo, del que no se movería hasta su muerte. “Ama el aire fresco y el agua pura; busca los rayos del sol”, había dicho Muller. Le Corbusier y tantos otros extenderán su ‘sistema’ desde la higiene diaria, al ocio y las vacaciones.

(43) FLC, correspondencia con su madre, 15 ago. 1930.

(44) FLC, correspondencia con su madre, 10 ago. 1929.

(45) FLC, correspondencia con su madre, 27 ago. 1951.

(46) Le Corbusier: Diagnóstico de París, op. cit.



FIG. [15] LE CORBUSIER, YVONNE Y UN GRUPO DE AMIGOS EN CAP MARTIN, AÑOS 1950 (ARCHIVO FLC).

En 1918 pensaba pasar sus vacaciones en Bretaña; sin embargo fue finalmente a Burdeos Arcachon con Ozenfant (40). Los años siguientes, sin vacaciones veraniegas propiamente dichas, alterna Suiza —donde cada vez se siente menos identificado— con una granja propiedad de Léger y con la costa. En Suiza muestra un sentimiento ambivalente entre la familia, la naturaleza y la montaña (41). Muerto su padre en enero de 1926, fue el mar la opción definitiva de veraneo, primero el Atlántico, el Mediterráneo luego, ya definitivamente.

Pasó el verano de 1926 en Arcachon, donde aprende a nadar, y donde (42) “a través de las dunas y los bosques he hecho marcas gloriosas para mi edad”. Cumple 40 años en 1927. En 1930, mientras él pasa el verano en Le Piquey, Yvonne prefiere volver a pasarlas en la granja de Léger, donde ya habían estado ambos en años anteriores. [Fig. 13] “El agua no le dice nada. Las hierbas de Normandía le van mejor a su sistema nervioso (43)”. Pero no es del todo cierto: es el Atlántico el que no agrada a Yvonne. Así, en 1931 y 1932 reparten las vacaciones entre el verde de Normandía y el azul del Mediterráneo donde, escribe (44), “Yvonne ha encontrado su rincón. Todo el mundo la quiere”. Y añade: “Yo me convierto en un lobo de mar. Hago lo que quiero en el agua”. En 1933, pasan el verano en Le Piquey y en Vézelay [Fig. 14], en casa de Jean Badovici y Eilen Gray. Los años sucesivos desarrollan un programa de vacaciones similar, truncado en agosto de 1938 por un grave accidente: el corte en una pierna por la hélice de un barco, durante un baño en el puerto de Saint Tropez, donde hubo de ser hospitalizado 4 semanas. Restablecido, al año siguiente vuelve al Mediterráneo, esta vez a Cap Martin, a casa de Badovici, donde realiza ocho murales.

Tras el paréntesis forzoso de los años bélicos, la posguerra supone la recuperación del veraneo mediterráneo en Cap Martin, hecho ya un imperativo categórico que se va reforzando año tras año. [Fig. 15] Así, en 1951, describe a su madre el ocio perfecto (45): “Nuestra vida está sin historia, sin variedad, regular, al abrigo de las circunstancias. Costa Azul. Incógnito. Aquí nunca llueve. Viento mistral, a veces con grandes ráfagas. Dos baños al día, copiosos. Buen nadador”. [Fig. 16]. En 1952 construye ahí el Cabanon, proyectado como regalo a Yvonne por sus 60 cumpleaños. Lo llama así: cabanon, en recuerdo de aquellos cabanones en los Alpes de las excursiones infantiles con su padre.

Conclusión

Le Corbusier muestra en su vida muchos atributos del hombre moderno, en especial en su disfrute de la naturaleza y del ocio. Avanzando la nueva ciudad de los nuevos tiempos, Le Corbusier indicaría en su ‘Diagnóstico de París’ (46): “Debemos asegurar al hombre los elementos biológicos esenciales: aire, sol, espacio para organizar el ocio”, añadiendo: “La vida moderna tiende a reducir el tiempo de trabajo. Ello crea una urgente necesidad de lugares y locales para cultivar el alma y el cuerpo”. Estos principios inspiran los de la Carta de Atenas, en especial en la consideración del ocio como función urbana, cuya importancia se refuerza progresivamente. El propio Le Corbusier representa de modo emblemático el tránsito que va del ocio como descanso y como actividad, al ocio como función urbana, en un dilatado itinerario vital que le condujo —real y simbólicamente— de los Alpes al Mediterráneo. ■

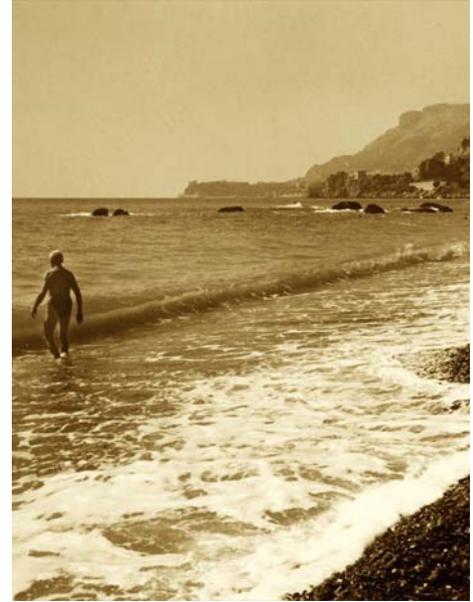


FIG. [16] LE CORBUSIER BAÑÁNDOSE EN EL MEDITERRÁNEO, CAP MARTIN, AÑOS 1960 (ARCHIVO FLC).